

Fragmentos de *Sal de sangres en incendio*

Alicia Kozameh

En la voz de Art Garfunkel,
cuatro palabras de Paul Simon:
See how they shine...

*

*Oculto en
alguno de mis
numerosos
bolsillos -muchos siempre
clausurados, otros
semieabierto para
permitir la entrada del
oxígeno-
va
aquel fósforo.*

Manejaba a las 5:15 de la mañana con poco tráfico y a una velocidad, estoy segura, mucho más alta que la indicada como máxima a los costados de la autopista. Sin dudar iba camino al horizonte. Apenas algunas salpicaduras de resplandor dejaban que se distinguiera contra el cielo una formación de nubes que cubrían casi todo lo visible. Sobre esos grises pesados, en algún hueco que las nubes otorgaban en un acto de dudosa generosidad, se notaba una luna enjuta, curva, como un resto suelto de papel blanco y sucio recortado por un niño de pocos años. La que creo que llaman creciente cóncava. Me distrajo. Le clavé un vistazo rápido y no me conmovió. Más bien me produjo un desgano. Una desilusión. Aunque en realidad no tenía ninguna expectativa. Sentí que esa desidia me hacía disminuir la velocidad. Y pensé: lo que me sacude hasta el asma es la luna llena, roja, en el mayor de sus tamaños posibles, que cuenta con la insolencia de siempre estar cayéndonos sobre la piel de lo que somos y de bañarnos de sangres espesas, abruptas y constantes. Sé también que te conté esto tiempo atrás. Me habías respondido algo. ¿Te acordás de lo que me dijiste aquella vez?

...

No. Pero sé lo que te diría ahora. Te diría: ¿Quién prendió fuego a mis campos?

...

Me contabas esos cuentos para niños. “Prepararse. Rápido. Miren lo que parecemos. Ratones atrapados. El enemigo llegó y está demasiado cerca. Son cientos. Están decididos. Tienen con ellos sus fuegos y van a empezar a arrojarlos muy pronto. El brillo del agua parece celebrar lo que viene. El mar les abre el camino, y nosotros mirando como idiotas. El fuego del enemigo nos va a cubrir, se va a expandir, va a ser inextinguible. Atrás dejamos a nuestras mujeres, a nuestros hijos. ¿Cómo los vamos a mirar a la cara si nos descubren en esta cobardía? Y esta nave que está frente a la nuestra tiene, nos guste o no, todo el poder posible. Adelantémonos. Ataquemos primero. Porque ellos traen el fuego de todos los fuegos, pero nosotros vinimos con el nuestro.” Y vos sabías que atacaban para lograr morir más pronto. Con menos dolor y antes de que el miedo los dejara sin ninguna posibilidad de usar su raciocinio.

...

¿Eran visibles desde tu escondite esas cuatro, cinco, siete, diez monjas vestidas con hábitos rojos, caminando, lentas, firmes, siempre mirando hacia adelante? Sabían a dónde dirigirse. Sabían qué estaban defendiendo, por cuáles asuntos bregar. Avanzaban por el centro de la autopista. Muchos de los autos salieron de la ruta y fueron acomodándose en la banquina para no entorpecerles el paso. Y para verlas de cerca. El aire rojo que asomaba por detrás de sus cabezas hacía pensar que a las pocas primeras las seguían millones.

...

No eran monjas. Eran las luces de freno de los autos que aceleraban o disminuían la velocidad delante tuyo, y que eran muchos más que diez. La imagen que reconozco en tu cerebro me distancia de la paz que sigo tratando de alcanzar y que cada tanto despunta a lo lejos, y que con no suficiente frecuencia da sosiego a los latidos que resguardan para mí algunos retazos de vida.

...

¿Y no había cruzado, entonces, por delante de las monjas, un animal que en un momento saltó por la ventanilla de un auto blanco, y que ni siquiera las inmutó?

...

No sé si un animal. ¿Quizá un almohadón? ¿Un juguete? ¿La combinación de un almohadón con un juguete? Quién sabe qué es lo que tendría más sentido. Y sobre esto de las monjas de rojo no puedo asegurar nada. Porque pasa que también el sol, a esa hora del día en que se pierde la capacidad para lo minucioso, bajaba violento, se desbarrancaba, rodaba descontrolado, hasta que terminó golpeándose contra las montañas más altas y en la explosión desintegró todo su poderío. No sé. Y es cierto que no sé. Tampoco tengo claro el papel que jugaba en todo esto tu manera de observar. Provocaba incendios. Hasta que entendí que en el transcurso de cada una de esas catástrofes también tu mirada iba quemándose. Tratabas de cerrar los ojos. Yo te decía: No, no, no los cierres. Mantenelos abiertos. No es algo sencillo enfrentarse a una forma de mirar que ha quedado chamuscada. Puro carbón hecho cenizas. Pero bueno, no tomes esto tan en serio. No te asustes. No dejes que ningún alacrán te muerda las orillas del estómago. Yo sé que vos sabés que los alacranes existen.

...

No sé si puedo ponerle imágenes a lo que decís. ¿A quién le estás hablando?

...

A lo que veo. Me imagino que le hablo a lo que veo. A lo que tengo la intención de ver, de señalar, de ubicar, de reconocer como algo movedizo hundido en la neblina que baja cada madrugada sobre la evidencia de una ciudad que también parece ser neblina. Le hablo a la ciudad. Le hablo a la neblina. Al que pueda oírme. Al que pueda interpretarme.

...

¿Quién te oye? Yo oigo, sí. Pero tengo la impresión de que lo que entra a mis oídos es solo un enredo asombroso de murmullos. O quizá tu voz haga el camino hacia mis oídos pero llegue demolida, diversificada, convertida en polvo de resonancia, en bruma de relámpago, en desparramos de música. ¿Quiénes son los que te oyen?

...

Es posible que mi voz se acople a los murmullos que todavía sos capaz de recibir en tu cerebro. O a tus monjas de rojo. Pero también hay alas. Hay saxos. Hay coloraciones. Hay lápices. Hay acuarelas múltiples. Hay peces. Todos parecen reproducir lo que imagino, lo que me va surgiendo de la garganta y del estómago. Hay antorchas. Hay piras.

...

Desencuentros entre los objetos y su sombra. Carros de ruedas tirados por caballos cuya sombra no logra alcanzarlos y unirse a ellos. Como si su trayecto sucediera en un constante mediodía en el que la silueta que debiera proyectarse sobre la angosta calle de tierra reseca fuera absorbida por el cuerpo y sus avances. O como si la noche en su densidad careciera de toda iluminación, de todo artificio de luz. La sombra, desertora o siempre tardía. No hay velocidad que resulte suficiente. No hay manera de que ni siquiera sus bordes se aproximen al cuerpo que la crea, que le da existencia y al que, se suponía, jamás iba a dejar en estado de abandono.

...

Y en las grutas, en las espesas tinieblas de las grutas a las que se entra y de las que es imposible salir porque en el extremo final no hay más que un muro de piedra sin palpitations, la falta de aire y la humedad se solidifican en flema y en ecos contenidos e impiden la formación de sombras, sea de las unidas al cuerpo que les corresponde o de las que lo observan desde la distancia. De las que le otorgan a su cuerpo excesiva libertad o de las que lo devoran o se dejan devorar por él. Hasta que una chispa se despierta, se asoma desde adentro de su huevo y sale, decidida, a provocar a las demás.

...

¿Y es así que empieza la fiesta?

...

Y es así que empieza la fiesta. Y todas las celebraciones. Los entusiasmos. Los intentos de agregar alegrías. De sumar razón a los festejos. La cadena de vociferaciones y de aplausos. La lluvia de soles y de estrellas. Las danzas. Las pancartas. Los saltos. Las murgas y sus cantos. Los pedidos. Las exigencias. Los reclamos y el llanto. El enojo. La furia. La amenaza. Las urgencias. El grito de lo perentorio. La palidez. El sonido del pálido cansancio. La necesidad de convertirse en cama para saberse adentro de uno mismo. El

sueño. El ronquido. La pesadilla que logra encender el próximo chispazo. Y la visión del campo de girasoles florecidos, que se desconcentra por la tanta luz en pleno mediodía.

...

Temblores de luz entre las sombras, pasajeros y eternos. Temblores de sombra entre las luces. Eternos. Pasajeros.

...

Sí. Y cientos de esqueletos de caballos trotando a lo largo de la claridad de las llanuras. Sin agua. Sin sombra. Sin signos de haber acumulado memoria alguna. Al menos las de este mundo, del que creo que formamos parte.

...

¿Como si no existieran?

...

Existentes. Con vida y con consciencia. Con sentido del espacio. Con una idea clara de a dónde se dirigen. Con impulso y energías. Porque en la profundidad de las órbitas ya no están los ojos que estuvieron podría parecer que sus cráneos permanecen vacíos. Pero siguen su trayecto poblados de imágenes de su peculiar historia. Con los recuerdos de lo puramente propio. Huyendo de las llamas. Huyendo de la guerra entre ejércitos en llamas.

...

¿Ya pasaron? ¿Fue difícil mirarlos? ¿Quiénes más fueron capaces de verlos?

...

Los únicos que podemos ver: los ciegos. Fue un espectáculo para ciegos. La luz brillaba demasiado. Se oían los golpes secos de las patas contra el pasto recién reverdecido por las últimas lluvias, y los ciegos cantábamos al ritmo de los golpes. Elevábamos los brazos y cantábamos. Yo veía brillar cada sonido, todos los sonidos, y los que parecían no poder ver soportaban la náusea de una alegría lejana que les iba golpeando la boca del estómago. Se oía el crujido de la velocidad. Detrás iban avanzando las llamas de las luchas diurnas, de las que los esqueletos de caballos estaban tratando de escapar. El rigor de la marcha, el ruido de la velocidad, el chasquido de los fuegos enemigos intentando definir la correlación de fuerzas. ¿Dónde, esos caballos, habrán ido perdiendo los músculos, la piel, los líquidos del cuerpo, las sangres que un día recorrieron sus hígados? Ya pasaron. Ya no se inquieta, el aire. Ya no cruje.